

## Die Legende des Amarú

Man erzählt, dass sich vor sehr vielen Jahren eine schreckliche Dürre auf den Böden der Quechua (indigene Bevölkerung in den Anden) ausbreitete.

Die Flechten und das Moos zerfielen zu Staub und auch die größeren Pflanzen begannen unter dem Wassermangel zu leiden.

Der Himmel war komplett klar, nicht die kleinste Wolke zog vorbei, so dass die Sonnenstrahlen ohne Milderung durch einen Schatten auf die Erde trafen.

Die Steine bekamen Risse und die heiße Luft wirbelte hier und dort den Staub auf. Wenn es nicht sofort regnete, würden alle Pflanzen und Tiere aussterben.

In dieser Verwüstung überlebte nur die robuste Qantu-Pflanze (*Cantua buxifolia*, Nationalblume von Peru), die nur sehr wenig Wasser benötigt, um in der Wüste zu wachsen und zu blühen. Aber sogar sie begann zu vertrocknen.

Man sagt, dass die Pflanze, da sie spürte, dass ihr Leben Tropfen für Tropfen verschwand, ihre ganze Energie in die letzte Knospe steckte, die ihr blieb.

Während der Nacht fand in der Blume eine magische Metamorphose statt.

Mit den ersten Sonnenstrahlen des Morgens, erschöpft vom Mangel des Morgentaus, löste sich die Knospe vom Stängel. Aber anstatt auf den trockenen Boden zu fallen, begann sie zu fliegen und verwandelte sich in einen Kolibri.

Summend flog er in Richtung der Gebirgskette. Er überflog den Wacracocha-See, schaute durstig auf die Oberfläche des Wassers, stoppte aber nicht einmal, um auch nur einen Tropfen zu trinken. Er flog weiter, jedes Mal etwas höher, jedes Mal etwas weiter, mit seinen winzigen Flügeln.

Sein Ziel war die Bergspitze, wo der Gott „Waitapallana“ lebte.

Waitapallana betrachtete gerade den Sonnenuntergang, als er den Geruch der Qantu-Blume wahrnahm, seiner Lieblingsblume, mit der seine Anzüge und Feiern schmückte. Es gab jedoch in seiner Nähe keine Pflanzen. Er sah nur den kleinen tapferen Kolibri, der nach der Qantu-Blume roch, und der in seinen Händen verstarb, nachdem er ihn um Gnade für die vertrocknete Erde gebeten hatte.

Waitapallana schaute nach unten und sah den Schaden, den die Trockenheit auf den Böden der Quechuas angerichtet hatte. Zart ließ er den Kolibri auf einem Stein nieder.

In seiner Trauer konnte er nicht verhindern, dass zwei riesige Tränen, wie zwei Kristalle, aus seinen Augen flossen und den Berg hinunterrollten. Die komplette Welt erbebte während sie fielen. Sie rissen große Stücke des Berges auseinander.

Die Tränen von Waitapallana fielen in den Wacracocha-See und weckten die Schlange Amarú. Dort unten, am Boden des Sees schlief sein Kopf, während sein unglaublicher Körper sich kilometerweit um den Berg streckte.

Flügel hatte er, mit deren Schatten er die Welt verdunkeln konnte.

Den Schwanz eines Fisches hatte er und Schuppen in allen Farben.

Den Kopf eines Lamas hatte er, mit kristallklaren Augen und einer roten Schnauze.

Der Amarú erwachte aus seinem jahrhundertelangen Schlaf und die Welt erbebte.

Er erhob seinen Kopf über das schäumende Wasser der Lagune, breitete seine Flügel aus und bedeckte den geschundenen Boden mit Schatten.

Der Amarú kam hervor, erhob sich mit flammenden Augen in die Lüfte und trübte die Sonne. Viele Krieger bereiteten sich vor, um gegen den Amarú zu kämpfen und plötzlich entfachte sich ein wilder Kampf. Aus der Schnauze des Amarú kam der Nebel, der über die Hügel zog, durch die Bewegungen seiner Flügel entstanden Fluten von Regentürmen, aus seiner Schwanzflosse löste sich Hagel und aus den goldenen Spiegelungen seiner Schuppen wurde ein Regenbogen geboren.

Der Glanz seiner Augen war größer als die Sonne.

Sein Atem war dichter Nebel, der das Gebirge bedeckte.

Aus seiner Schwanzflosse löste sich ein lang anhaltender Hagel.

Er schüttelte seine nassen Flügel aus, und es entstanden tagelange Regenfälle.

Und aus den Reflektionen seiner mehrfarbigen Schuppen tauchte die Ankündigung des Friedens auf.

Nach alldem wurde das Leben auf der Erde, das schon ausgestorben schien, wiedergeboren. Der Boden wurde wieder mit Grün bedeckt, die Seen und Flüsse füllten sich erneut mit Wasser und Leben.

Dann rollte sich der Amarú wieder in den Bergen zusammen, senkte seinen strahlenden Kopf in den Fluss und schlief wieder ein.

Doch die Mission des Kolibris war erfüllt ...

Die Quechua waren erleichtert und sahen, dass ihr Reich, gespeist durch den Regen, wieder ergrünte. Und sie fanden neue Orte, an denen Wasser floss, dort wo die Erde durch die Erschütterungen des Amarú abgesunken war.

Und man erzählt seitdem, denen die es wissen wollten, dass in den Schuppen des Amarú alles geschrieben steht, alle Lebewesen, ihre Leben, Ihre Wirklichkeiten und ihre Träume. Und man wird niemals vergessen, wie eine kleine Blume aus der Wüste die Welt vor der Dürre rettete.

---

## LA LEYENDA DEL AMARÚ

Cuentan que hace muchísimos años, una terrible sequía se extendió por las tierras de los quechuas.

Los líquenes y el musgo se redujeron a polvo, y pronto las plantas más grandes comenzaron a sufrir por la falta de agua.

El cielo estaba completamente limpio, no pasaba ni la más mínima nubecita, así que la tierra recibía los rayos del sol sin el alivio de un parche de sombra.

Las rocas comenzaban a agrietarse y el aire caliente levantaba remolinos de polvo aquí y allá. Si no llovía pronto, todas las plantas y animales morirían.

En esa desolación, sólo resistía tenazmente la planta de qantu, que necesita muy poca agua para crecer y florecer en el desierto. Pero hasta ella comenzó a secarse.

Dicen que la planta, al sentir que su vida se evaporaba gota a gota, puso toda su energía en el último pimpollo que le quedaba.

Durante la noche, se produjo en la flor una metamorfosis mágica.

Con las primeras luces del amanecer, agobiante por la falta de rocío, el pimpollo se desprendió del tallo, y en lugar de caer al suelo reseco salió volando, convertido en colibrí.

Zumbando se dirigió a la cordillera. Pasó sobre la laguna de Wacracocha mirando sediento la superficie de las aguas, pero no se detuvo a beber ni una gota. Siguió volando, cada vez más alto, cada vez más lejos, con sus alas diminutas.

Su destino era la cumbre del monte donde vivía el dios Waitapallana.

Waitapallana se encontraba contemplando el amanecer, cuando olió el perfume de la flor del qantu, su preferida, la que usaba para adornar sus trajes y sus fiestas. Pero no había ninguna planta a su alrededor. Sólo vio al pequeño y valiente colibrí, oliendo a qantu, que murió de agotamiento en sus manos luego de pedirle piedad para la tierra agostada.

Waitapallana miró hacia abajo, y descubrió el daño que la sequía le estaba produciendo a la tierra de los quechuas. Dejó con ternura al colibrí sobre una piedra.

Triste, no pudo evitar que dos enormes lágrimas de cristal de roca brotaran de sus ojos y cayeran rodando montaña abajo. Todo el mundo se sacudió mientras caían, desprendiendo grandes trozos de montaña.

Las lágrimas de Waitapallana fueron a caer en el lago Wacracocha, despertando a la serpiente Amarú. Allí, en el fondo del lago, descansaba su cabeza, mientras que su cuerpo imposible se enroscaba en torno a la cordillera por kilómetros y kilómetros.

Alas tenía, que podían hacer sombra sobre el mundo.

Cola de pez tenía, y escamas de todos los colores.

Cabeza llameante tenía, con unos ojos cristalinos y un hocico rojo.

El Amarú salió de su sueño de siglos desperezándose, y el mundo se sacudió.

Elevó la cabeza sobre las aguas espumosas de la laguna y extendió las alas, cubriendo de sombras la tierra castigada.

Cuando salió, el Amaru se elevó por el aire opacando al sol de ojos flameantes. Muchos guerreros se prepararon para combatir al Amaru que de pronto, se armó una feroz lucha. Del hocico del Amaru surgió la niebla que deambula por los cerros, del movimiento de sus alas cayó lluvias torrenciales, de su cola de pez, se desprendió granizo y de los reflejos dorados de sus bellas escamas, nació un arco iris.

El brillo de sus ojos fue mayor que el sol.

Su aliento fue una espesa niebla que cubrió los cerros.

De su cola de pez se desprendió un copioso granizo.

Al sacudir las alas empapadas hizo llover durante días.

Y del reflejo de sus escamas multicolores surgió, anunciando la calma

Tras todo esto, volvió a renacer la vida en la tierra que parecía extinguida. La tierra nuevamente se cubrió de verde, los puquiales y ríos nuevamente se llenaron de agua recobrando así la vida en esta.

Luego volvió a enroscarse en los montes, hundió la luminosa cabeza en el lago, y volvió a dormirse.

Pero la misión del colibrí había sido cumplida ...

Los quechuas, aliviados, veían reverdecer su imperio, alimentado por la lluvia, mientras descubrían nuevos cursos de agua, allí donde las sacudidas de Amaru hundieron la tierra.

Y cuentan desde entonces, a quien quiera saber, que en las escamas del Amará están escritas todas las cosas, todos los seres, sus vidas, sus realidades y sus sueños. Y nunca olvidan cómo una pequeña flor del desierto salvó al mundo de la sequía.